

El exilio también tiene barrotes

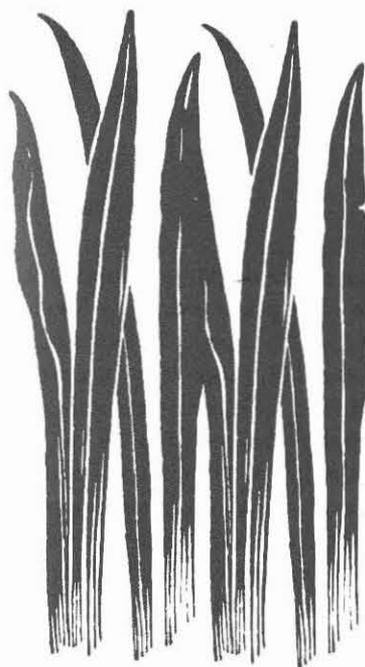
Nora Franco*

“¿Una canción que me identifique?, sí, conozco una, es del grupo vasco Kortaku y dice: ‘Si escuchas esto/ prepara tu mente/ para encontrarnos/ en la línea del frente/ salta una valla/ y dobla una esquina/ en cualquier adoquín/ será la primera línea’”. Vladimir Solórzano Peña, salvadoreño, 27 años, hijo, nieto y sobrino de una familia militante en la guerrilla que se alzó en armas durante los 12 años de guerra en el país centroamericano (1980-1992), contestó a la primera pregunta de esta larga entrevista —formulada sin saber que ya, en su respuesta, comenzaba a hablar de su vida— mientras buscaba un casete para matizar la conversación. Eligió uno de Víctor Jara y dijo:

—Escuchar a este cantante chileno me hace evocar a la Casa de Chile que se organizó en México, porque yo viví ahí desde finales del 81, cuando tenía siete años. En esa casa se reunían los chilenos exiliados después del golpe militar del 73, pero también gente exiliada de Argentina, Perú, Bolivia, Guatemala, y por supuesto de El Salvador. Recuerdo que a las actividades que se organizaban en solidaridad con estos países llegaban hombres, pero fundamentalmente mujeres solas con sus hijos, sobrinos, nietos. Mujeres cuyos familiares hombres estaban encarcelados, desaparecidos, muertos o luchaban en sus países de origen.

—¿Y a ti quién te llevaba?

—Mi abuela. Por razones de seguri-



dad nos exiliamos en México, ella, su mamá, o sea mi bisabuela, mi abuelo y una hermana pequeña, que en realidad es mi prima Adriana, pero siempre la consideré como mi hermana.

—¿En El Salvador estaban amenazados?

—Es que toda mi familia participaba militarmente en las FPL, Fuerzas Populares de Liberación, una de las cuatro organizaciones del FMLN, Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Digamos que esta historia arranca con mi abuelo, José Belisario Peña, el padre de mi mamá, de un tío y dos tías. Era militar y participó en el golpe del 2 de abril del 44 contra el general Maximiliano Hernández Martínez. Le fue mal y al huir se escondió en una casa donde conoció a quien después fue su esposa, mi abuela, Ánge-

la Mendoza Peña. Posteriormente participó en la fundación del PCN, Partido de Conciliación Nacional, un partido de derechas integrado por militares. Mi abuelo tenía una cualidad particular: cuestionaba todo lo que hacía y siempre buscaba retroalimentarse con otras ideas. De pronto se sintió decepcionado y traicionado, abandonó la Fuerza Armada y el PCN. En la ofensiva militar del FMLN del 81 mi abuelo combatió del lado de las FPL.

—Un salto cualitativo significativo.

—Si lo ponemos en contexto, su participación en el golpe del 44 contra un gobierno militar que reprimió al movimiento popular, particularmente el levantamiento de Izalco del 32, donde asesinaron a más de 20 mil campesinos, la podríamos calificar de izquierdista, sólo que tal vez él no lo tenía tan claro. Lo cierto es que en la década de los setenta él ya militaba en la izquierda. Mi tío, Felipe Peña, su hijo mayor, también. Lo matan en el 75 y mi abuelo se exilia por primera vez en México. Tiempo después regresa clandestino a El Salvador, se integra a las FPL, participa militarmente en la ofensiva del FMLN del 81, es herido; lo llevan a una casa de seguridad, en un cateo lo descubren y se lo llevan. Mi abuela comienza su búsqueda. Le dicen que estaba muerto. Habla con varios militares y, dado que él había sido militar, logra saber que estaba preso, incluso consigue que lo liberen. De la cárcel viaja nuevamente a México. Pero antes había ocurrido lo de mi tía Ana Margarita Peña, la mamá de Adriana. Ella tenía dos años y mi tía estaba embarazada de ocho meses y medio, militaba en las FPL junto a su compañero. En

* Periodista argentina que radica en El Salvador. Es una de las dos responsables del proyecto "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América Latina y el Caribe"

un operativo militar la desaparecen. Era el año 80 y mi abuela llega a reconocer los penales donde estuvo detenida las dos semanas después de su secuestro, pero mi tía nunca apareció. Es probable que tenga un sobrino o una sobrina de 22 años en algún lugar. Hasta ahora no lo hemos podido saber. Al papá de Adriana, a mi tío José Roberto Sibrián, también lo mataron. Había participado con la Brigada Farabundo Martí, en julio del 79 en Nicaragua, en la toma del poder del Frente Sandinista de Liberación Nacional.

—¿Tu mamá y tu papá también militaban en las FPL?

—Sí. Yo sé que cuando tenía cinco meses de edad mis padres consideraron que no era seguro que viviera con ellos y me entregaron a mis abuelos maternos. Mi papá se llamaba legalmente Nicolás Hernán Solórzano Sánchez, se lo conocía como Dimas Rodríguez. Mi mamá, Lorena Guadalupe Peña Mendoza, su seudónimo era Rebeca Palacios. Los veía muy poco. Siempre me llevaban a visitarlos a unas casas de seguridad donde vivían con otros *compas* guerrilleros.

—¿Sabías lo que era ser guerrillero?

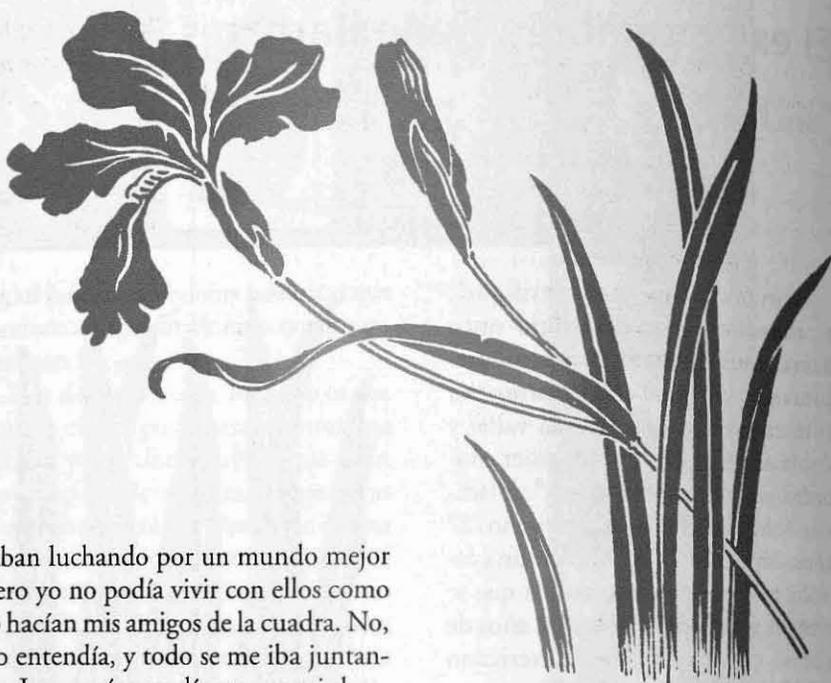
—Sabía que de eso no se hablaba pero que era importante y bueno. Sabía que los soldados eran personas con malas intenciones, nada amables, muy distintos a mis padres y a sus *compas* porque todos ellos luchaban por cambios, por una vida mejor. Eso me decían mis padres cuando a veces nos veíamos.

—¿Esperabas esos encuentros?

—Creo que sí. Yo era un niño que casi no hablaba, comía poco, era muy lento para todo, muy soso, muy introvertido. Cuando me encontraba con mis padres no hablaba mucho. Tal vez tenía reclamos para hacerles pero no los podía expresar.

—¿Recordás de qué tipo eran esos reclamos?

—Es que había cosas que no entendía, qué era eso de que mis padres es-



taban luchando por un mundo mejor pero yo no podía vivir con ellos como lo hacían mis amigos de la cuadra. No, no entendía, y todo se me iba juntando. Lo que sí entendía era que mi abuela estaba desesperada: a un tío ya lo habían asesinado, una tía estaba desaparecida, mi abuelo preso, mis padres clandestinos y cada vez sentía más accho. Yo no conocía detalles pero tenía imágenes de choque. Sabía que las cosas estaban muy mal y que en algún momento nos íbamos a ir de El Salvador. Esto sí lo entendía perfectamente y sucedió.

—Comenzó tu exilio en México.

—Sí, fue a finales del 81. Al año siguiente me encontré con mi papá en Managua, hacía dos o tres años que no lo veía. Me enseñó a jugar ajedrez y ahí sí, recuerdo sus primeros discursos: "Mira, queremos cambiar el mundo, buscamos la felicidad de otros niños, no sólo la tuya...". Estábamos en una casa de seguridad, los *compas* de mi papá, con los años lo supe, eran figuras muy importantes de las FPL, la comandante Ana María, el comandante Marcial, otros jefes, todos hablaban, parecía que preparaban algo trascendente, yo qué sé, al menos a mí me lo parecía, había gente de seguridad, armas.

—¿Estabas familiarizado con las armas?

—No me eran ajenas, las conocía, pero no me eran familiares. Las había visto en otras casas de seguridad cuando visitaba a mis padres; además, mi papá, por ser comandante de las FPL, estaba armado. Ser hijo de un comandante guerrillero era guardar un secreto personal pero esa vez hice algo bastante atrevido. Después de estar en Managua, como era chico, regresé a México con un *compa*, él llevaba correspondencia muy delicada. En el aeropuerto de Managua me compró un barco de pilas. Cuando llegamos a la ciudad de México nos piden los pasaportes. Miran el del *compa*, obviamente falso, miran el mío, y los apellidos no coincidían. Nos separan y me preguntan si ese hombre era mi papá. "No, es un amigo", les respondo. "¿Cómo un amigo?". "Sí, un amigo de mi papá. Trabajan juntos". "¿Y en qué trabaja tu papá?". "Pues él es un guerrillero, lucha por los pobres". No recuerdo la cara que pusieron pero sí sus risas. Sobre todo un bigote riéndose, la cara morena del policía judicial que se reía y se reía, mientras yo insistía, refiriéndome al *compa*, "este hombre es muy buena gente,

miren, hasta me regaló este barco". Claro, después supe que al *compa* lo revisaron de arriba a abajo por no sé cuánto tiempo, pero al final nos dejaron ir, no sé porqué. Me parece que el *compa* no me dijo nada, creo que ya no tenía ganas de hablar, sólo de irse.

—¿Cómo fue tu inserción en México?

—No muy difícil. Estudiaba en la escuela pública "Gustavo Pedro Mahr", de la colonia Guerrero, en la ciudad de México, y curiosamente durante dos años tuve un maestro uruguayo exiliado, Raúl. Usaba lentes de fondo de botella, tomaba café como endemoniado y me prestaba mucha atención. Hubo una rápida identificación del maestro hacia mí, creo que entendió mi caso con facilidad, me trataba muy bien.

—¿Vos le explicaste *tu caso*?

—No, fueron mis abuelos. Cuando se enteraron de que Raúl era uruguayo se pusieron muy felices y varias veces lo invitaron a cenar a casa. Platicaban horas y horas.

—¿Cuántos años viviste en México?

—16 años. Desde finales del 81, cuando tenía siete años, hasta finales del 97, con 23 años. Después de ese encuentro con mi papá en el 82, no lo volví a ver sino hasta el 86. Nos comunicábamos por cartas que me llegaban ocho meses después de que las escribiera, pero me llegaban. Las que yo les escribía me las dictaba mi abuelo. Durante muchos años no pude escribir una que me naciera a mí. Yo quería hacerlo pero mi abuelo se empeñaba en dictármelas, eran muy formales, con lenguaje de adulto. Alguna vez intenté rebelarme pero él era muy estricto. Recuerdo que en una carta mi mamá me decía que ya había cumplido 34 años y estaba muy preocupada porque comenzaba a envejecer. En otra me contaban que algunos *compas* no podían creer que tuvieran un hijo. En casi todas me pedían que comprendiera. Digamos que yo les tenía respeto, me

sentía orgulloso de ellos, también los comprendía, pero sentía que no me comprometía emocionalmente del todo con mis padres.

—¿Por qué?

—Como no tenía mucha convivencia con ellos... Ver a mi papá por dos o tres semanas me emocionaba pero siempre sabía que se iba a ir. Creo que también fue que comencé a relacionar



la militancia de ellos con la muerte. Llegó un momento en que mi abuela, que había tenido un hijo y tres hijas, ya había perdido al hijo en el 75, una hija estaba desaparecida, otra hija, Virginia, había sido asesinada en el 86, sólo le quedaba una hija, mi madre. Además, los *compas* de mis padres: pasaban por México, se quedaban en la casa, convivíamos un tiempo, luego regresaban a El Salvador y a los meses me enteraba que se habían muerto. Todo me indicaba que mis padres se podían morir en cualquier momento, por eso creo que no desarrollé un gran apego hacia ellos.

—¿Intentabas defenderte ante posibles nuevos dolores?

—Sí, seguramente. No es que sea

insensible a la muerte, me impacta, pero el verdadero golpe lo siento tiempo después, cuando la persona ya no está y noto que me hace falta, que me pesa su ausencia. Mi abuelo estuvo viviendo parte del 88, 89 y 90 en Estados Unidos donde recibía un tratamiento contra la leucemia. Sabíamos que en cualquier momento se iba a morir pero durante esos años, aunque no nos veíamos a menudo, nos escribíamos, nos llamábamos por teléfono, teníamos una buena comunicación. Finalmente mi abuelo muere pero como había estado tanto tiempo sin verlo, al principio no me pareció extraño no tenerlo. Sin embargo, cuando pasan los meses y no recibo sus cartas, no puedo llamarlo ni escribirle... entonces sí, es ahí cuando me agarró duro. Ya no era un niño y me daba cuenta que la gente que veía probablemente ya no la iba a volver a ver. Y sucedió con mi papá: estuve con él entre julio y agosto del 89, me despedí como lo hacía siempre y ya no lo volví a ver. En diciembre de ese año, durante la ofensiva miliar del FMLN, murió.

—¿Cómo lo supiste?

—Yo tenía 15 años. Los representantes de la Comisión Política-Diplomática del FMLN que estaban en México recibieron la noticia: mi papá había muerto el 12 de diciembre, cuando la ofensiva prácticamente estaba terminando. Yo lo supe tres días después, el viernes 15. Ese día comenzaban las vacaciones escolares, había habido una fiesta en la escuela y al regresar a casa me dieron la noticia. Me impactó, pero saber de su muerte me fue agitando con el paso del tiempo. Me impresionó, pero creo que en ese momento quien más lo sintió fue mi hermana Adriana, la recuerdo a ella llorando mucho. Adriana ya había perdido a su mamá y a su papá, y a mi padre lo llamaba *papito*. En el 93, cuatro años después de la muerte de mi padre, regresé a El Salvador, era la primera vez que volvía desde mi exilio. Vine para estar pre-

sente en la exhumación del cadáver de mi papá y de mi tía Virginia que murió en el 86. Todo el proceso de buscar los lugares donde estaban enterrados, mi papá en la zona del Volcán de San Salvador, y mi tía casi en el extremo del país, casi fronterizo con Honduras, fue muy trabajoso. Después, abrir los hoyos, ver que los forenses van sacando los huesos, nombrándolos y poniéndolos en bolsitas, fue algo que recuerdo un tanto macabro. Por último hubo una misa a la que asistió gente de las comunidades que los habían conocido, y el entierro.

—¿Qué te despertó ese proceso?

—Haber concretado esta historia, ver finalmente los cuerpos, poder ir al cementerio a visitarlos cuando quisiera, todo esto me trajo una paz increíble. Me despertó muchas emociones y esa paz que nunca había imaginado ni experimentado. Un sentimiento que me era muy ajeno. Me permitió despejar muchas inquietudes.

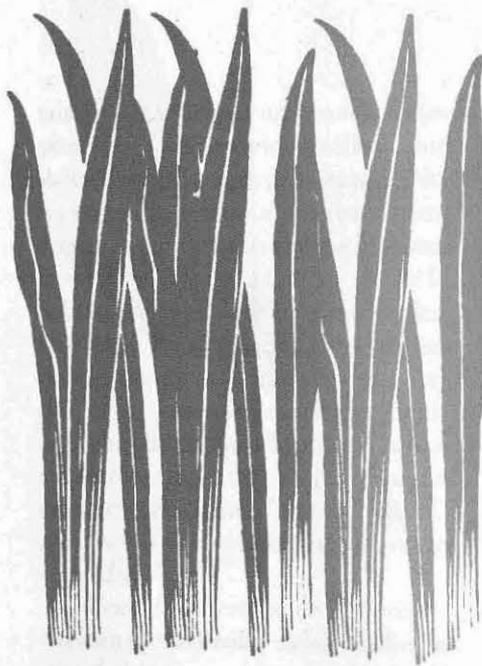
—¿Inquietudes?

—En ese viaje supe muchas cosas que no entendía. Se trataba de una historia inconclusa. Para mí estaba claro que El Salvador era un país en guerra y todo eso, pero estar en el lugar, no verlo desde el exterior sino adentro mismo y con la misma gente, me dio muchas respuestas. No respuestas textuales pero sí a nivel de sentimientos. De entendimiento. Esa conjunción de respuestas me permitió un redescubrimiento propio y una mejor comprensión del país, de su situación, que al final tienen que ver con mi historia personal porque ese contexto fue el que me hizo emigrar y crecer en otra cultura, porque lo es, aunque se hable el mismo idioma. Como dice Mario Benedetti en uno de sus poemas "el exilio también tiene barrotes". Todas esas huellas me identifican.

—¿Hasta ese momento tus inquietudes no las había podido exteriorizar y compartir?

—No, no había podido. Todas gira-

ban alrededor de por qué mis padres decidieron tomar el camino que tomaron, entregarme a mis abuelos y no estar conmigo. Preguntas que sólo quedaban en mí ya que las pocas veces que comenté algo con mis amigos sus respuestas no me eran válidas. En cambio recuerdo que en una plática con una amiga, Patricia, yo estaba llorando y ella comenzó a hablarme de cómo podría sentirse mi mamá. Me daba respuestas que no tenían que ser necesari-



riamente definitivas pero me calmó mucho. No eran respuestas en sí, se trataba como de un análisis de la situación, algo así como ver las cosas desde ambos lados. Me decía que el hecho de que tu madre no sepa expresar todo lo que siente por ti no significa que no te quiera, que no esté interesada por ti. Suena muy parco pero por ahí iba la historia. Al menos ese día me sentí bien, desahogado. Otros días seguía preguntándome hasta que me dije, bueno, yo no estuve en los zapatos de ellos, tal vez no hubiera hecho lo mismo, a pesar de la situación en que estaban, yo no me hubiera metido a tener hijos, pero ellos lo hicieron y bueno...

Yo siento y digo esto porque soy hijo y sufrí ser hijo. Claro que después de la guerra los tiempos de paz no han sido como mi madre hubiera esperado, como yo hubiera esperado: estar todos juntos en familia, sino apenas los que quedamos.

—¿Cómo fue ese reencontrarse?

—Después de tanto tiempo de ausencias tratamos de conocernos mejor, de respetarnos, de administrar nuestras diferencias. Ha costado un montón volvernos a integrar familiarmente, hay cosas que ya no vamos a poder cambiar. Tengo un hermano por parte de mi papá, casi nunca lo veo y me siento culpable; y una hermana hija de mi mamá, ella un día me dijo: "Tú no tienes derecho a hablarme así, tú estuviste lejos durante muchos años". No recuerdo exactamente qué, pero yo le estaba haciendo un reclamo... y tal vez era un reclamo destinado a mis padres.

—¿Quieres hablar de esos reclamos?

—Sí. Tuve muchos rencores con mi madre, tal vez si mi padre hubiera sobrevivido también los hubiera tenido con él. Cuando mi mamá sale de El Salvador, en el 90, para integrarse a la Comisión Política-Diplomática del FMLN que en México estaba preparando las negociaciones para la firma de los acuerdos de paz, llega a vivir a mi casa y a actuar como madre, pero no funcionó. No funcionó para nada. Entramos en un desgaste muy duro. Ella se sentía totalmente rechazada porque no tenía su espacio de madre. Yo no permitía que entrara en ese espacio, nunca se me hubiera ocurrido manifestarle una necesidad a ella sino a mi abuela. El reclamo era: si no has estado aquí durante tantos años, con qué derecho vienes si no tienes la menor idea sobre muchas cositas acerca de mí. Tampoco podía aceptar su autoridad de un día para otro ni que me rompiera los esquemas de golpe. También pensaba que, si bien ella había venido para quedarse, y que este quedarse era superior a las dos o tres semanas que a veces había compartido con

ella, no sabía por cuánto tiempo iba a quedarse. ¿Y si de pronto los planes cambiaban y se tenía que ir? Lo cierto es que a ella le tocó más duro porque mi papá ya no estaba...

—¿Pudo haber influido también que tú estabas viviendo en un país que no te era ajeno, donde te sentías seguro?

—Sí, claro, era evidente que conocía mejor México que El Salvador y fijate que yo descubro México a partir de un despertar personal. En mi familia se hablaba más de la política exterior que de la mexicana y de pronto, a los 14 años, más o menos, comencé a necesitar saber del lugar donde vivía. Recuerdo interesándome por las elecciones del 88: Cuauhtémoc Cárdenas adelante, se produce el apagón en el centro de conteos, vuelve la luz, Cárdenas abajo; la huelga de los maestros, los damnificados del terremoto del 85, darme cuenta que en el 88 muchos seguían viviendo en albergues y hasta que me fui, en el 97, continuaban en albergues; descubrir personas como Rosario Ibarra de Piedra, madre de un desaparecido y saber que en México también hay desaparecidos, y sobrevivientes de la masacre de estudiantes del 68... De esto en mi casa no se hablaba y era el país donde vivía desde hacía años. Descubrí mi pertenencia en México y que para hablar de masacres y pobreza no había que ir muy lejos, que en México también había, y las hay.

—Después, al regresar a El Salvador, ¿iniciaste el camino de descubrirte aquí?

—Sí, esta mezcla de *chilango* y salvadoreño que soy a los 27 años, con muchas confusiones y una identidad trastocada, optimista, feliz de haber crecido en México y no en otro lugar, regresó a El Salvador tratando de entender un poquito mejor quién es, quién soy. He avanzado en esto. También logré algo que me costó mucho: independizarme del peso de mi familia. Dado que mi padre fue un comandante reconocido y mi madre también lo fue, así como mis familiares,

venir a El Salvador desde un lugar donde era Vladimir y valía por ser Vladimir de manera llena, fue darme cuenta que aquí la gente me identificaba directamente con mi familia y sí, estuvo bien porque son mis raíces pero también necesité romper con parte de eso para poder tener mi identidad propia.

—¿Aprendiste a decir *no* a las expectativas que guardaban respecto de ti?

—Las expectativas de cómo debo ser, cómo debo actuar siempre están. Hay gente que me habla de mi padre y de pronto me pregunta si tal o cual cosa es verdad. Esperan mi respuesta pero no se las puedo dar porque no lo conocí. Esto me hacía sentir mal porque no podía responder a la expectativa de dar una respuesta sobre mi padre, al-



guien que se supone que un hijo debe conocer. Pero he aprendido a decir *no*, a poner un alto, incluso a veces he sido grosero. También he dicho muchas veces que estoy orgulloso de mi familia pero éste soy yo y si me valoras, valórame por los que soy, lo que hago, digo y pienso.

—También te habrás encontrado con personas que, considerando lo que significaron los años del conflicto armado, cuestionan los resultados obtenidos después de la firma de los Acuerdos de Paz.

—Personalmente creo que valió la pena, sobre todo, para quienes participaron directamente, aun sabiendo que involucrarse significaba sacrificios y llevar la vida a un punto tal que podía significar la muerte. Lo que a mí me da un poco de rabia, aunque tengo que ser comprensivo también, son algunos resultados producto de las negociaciones para finalizar con la guerra, fundamentalmente, el tema de los desaparecidos, la impunidad. U otros que fueron tomados en su mínima expresión: los lisiados de guerra, la reinserción de los combatientes, y por qué no decirlo, del ejército también, recuerda que aquí hubo reclutamiento forzoso, el caso de los huérfanos, las viudas, las madres de los muertos... Que hayan dejado pasar estos y otros temas, que hoy haya tan poca reivindicación al respecto, me da rabia. Si pienso en todo esto me cuesta decir que valió la pena. Es una carga más para los que quedamos que para los que se fueron, aunque los que quedamos ya tenemos el peso enorme de sus ausencias.

—Vladimir, ¿te pesa tu nombre?

—No, me gusta. Me llamo así por Vladimir Ilich Lenin pero independientemente de Lenin y de todo rollo político-ideológico, me gusta mi nombre. Vladimir Solórzano Peña soy yo. ✪